

EL LLANO

ANTONIO BORDAS

RESUMEN. Por llaneros se entiende a las personas oriundas de las tierras de la cuenca del Río Orinoco y es comúnmente identificado con un jinete colombiano (también en Venezuela) que se caracteriza por conservar una profunda raíz hispana, especialmente en su religiosidad y por su respeto a la jerarquía. Es ante todo un hijo del mestizaje.

PALABRAS CLAVE: Jinete americano – Llanero – Colombia/Venezuela – Costumbrismo – Folclore.

ABSTRACT. Llaneros refers to the native people of the lands of the Orinoco River basin and is commonly identified with a Colombian rider (also at Venezuela) which is characterized by retaining a deep Spanish root, especially in their religiosity and in his respect for hierarchy. It is first and foremost a son of mixing of races.

KEY WORDS: American rider – Llanero – Colombia/Venezuela – Folk literature – Folklore

«El Llano», como decimos en Colombia, es una inmensa pradera de 300 mil kilómetros cuadrados al oriente de Colombia y en límites con Venezuela, entre la Amazonía y los Andes, regada por caudalosos ríos que vienen desde la cordillera y desembocan en el temible Orinoco. Y en ese extenso territorio, donde el horizonte es cada vez más lejano, apenas medran actualmente en la soledad un poco más del millón de habitantes.

En lo que corresponde a la nación colombiana, los llanos están divididos políticamente en cinco departamentos con sus capitales a orillas de ríos que crecen en la estación de lluvias de manera espantosa y fenomenal, pero que disminuyen dramáticamente en los tres meses del verano ardiente y seco como en muy pocas partes del planeta. Nuestros llanos son casi un desierto, un arenal suelto apenas recubierto por un ralo y fino pastizal poco nutriente donde se dan ganaderías de cría extensiva manejadas por el hombre a caballo. En verano un polvo blanco y fino bajo el pasto se levanta en pequeñas nubes al paso del ganado. En la estación de lluvia se forman barrizales tenebrosos.

Del llano son famosos sus hermosos amaneceres y atardeceres, el sol de los venados y la luna roja en el verano, cuando los llaneros incendian los pastizales para atraer el agua del cielo y hacer llover.

El territorio fue obsesión de muchos conquistadores españoles cuando se enteraron de su existencia. Jiménez de Quesada organizó desde Bogotá hacia 1545 una expedición para ir a explorarlo. También de las cercanías del Caracas de aquel entonces se vinieron Alfínger y Federmán a buscar en esas lejanías, tierras para el Emperador Carlos V. La decepción fue grande: planicie, ríos, matas de monte, guíos enormes, caimanes fieros, venados ariscos, aves muy bellas, chigüiros apetitosos, pocos indígenas en lamentable estado, y ni siquiera aldeas. Aunque atrayente, eso no era significativo para los hombres de espada y conquista. Si algo «El Llano» iba a valer, solamente fue un siglo y medio después cuando comenzaron a llegar los misioneros.

Paisaje, flora y fauna

Como se ha dicho, el llano colombiano es una extensa pradera que a veces puede llamar a engaño. En el lenguaje llanero se habla de médanos, cajón de sabana, bajos, surales y vegas que el

forastero no puede ver. A las irregularidades altas de la llanura el llanero las llama *médanos* y allí acostumbra a construir las casas y los corrales para trabajar el ganado. Las depresiones apenas notadas por ellos mismos, son llamadas *bajos* y consideradas buenas tierras aunque inundables en tiempos de lluvia. *Surales* es un extraño fenómeno donde la tierra se pone rizada, llena de turupes a los que todavía hoy no se les encuentra la razón de su origen. Un *cajón de sabana* es una especie de gran bajo enorme, ancho y largo, imperceptible a la vista. Las *vegas* son las depresiones que llegan suavemente hasta los ríos. Sin embargo nada de eso ve el que no es «llanero» de nacimiento y que sabe que su llano no es tan llano.

De cuando en cuando el cabalgante encuentra unas manas de aguas quietas a manera de lagunas que se acostumbra a llamar *esteros*; allí se amontonan en verano hasta que el viento y el sol las seca, toda clase de animales que conviven abrevando y escarbando las orillas pantanosas para sacar pequeños moluscos y huevecillos de peces y batracios: son aves de incontables colores, mamíferos y caimanes.

La llanura está cubierta por un pastizal corto y poco nutriente, tachonada de árboles nativos que a veces se agrupan formando las matas de monte. En otros lugares se encuentran pequeños grupos de palmas propias de la región llamados *morichales*. Entre los árboles robustos destacan el Samán y el Yopo, este último muy apreciado por los indios por sus semillas alucinógenas.

En la sabana abierta y bravía, pastan y corren veloces venados ariscos y nerviosos; en los esteros y los ríos flotan, medio indolentes, los chigüiros que andan en manada; salen de sus cuevas bajo tierra los *cachicamos* o armadillos criollos, muy apetecidos por el succulento sabor de sus carnes; hay *borugos* y *lapas*, especies animales que también son buscados por su tipo de carne de monte muy sabrosa. Los ríos están llenos de peces de carne blanca y pirañas. En materia de aves la variedad simplemente asombrosa hace siempre hermoso el panorama inmenso bajos cielos despejados en

verano y cargados de nubarrones grises en invierno. Este entorno maravilloso pero agreste habría de influir poderosamente en la formación del carácter del hombre llanero, mezcla de sangre aborigen y española en distintas proporciones, pero siempre una mezcla con toda la riqueza que ello significa en una personalidad.

Población indígena

El indio llanero era un nómada semidesnudo que de vez en cuando construía una gran taba para albergar todo el pequeño clan promiscuo y desnutrido, sin utensilios domésticos, aborígenes recolectores y cazadores sin noción alguna de cultivar. Como en los llanos no hay piedras y los ríos arrastran muy pocas, los utensilios de caza y pesca eran hechos de algunos huesos de animales. No tenían lenguaje y algunos se comunicaban por señas. Otros dormían entre los árboles, en las matas de monte por absoluta falta de capacidad industrial para construir al menos un gran rancho estable. No era gente belicosa pero pusilánime y asustadiza. El promedio de vida no sobrepasaba los 45 años en hombres y mujeres. Comían las cosas casi crudas y conocían muy poco la sal. Como andaban sin rumbo fijo por la inmensa llanura, tenían espacio suficiente para las distintas familias: Guahibos, Sálivas y Tiniguas en su mayoría. Casi no se peleaban entre sí como sucedía en otras partes del territorio colombiano donde los aborígenes vivían en guerras.

Así que bien pronto el conquistador verificó que el recurso humano poco o nada servía para emprendimientos económicos. Tierra rala y población indolente no llenaron de esperanza a los españoles.

Desde los tiempos coloniales los llanos se crearon su fama y leyenda que los hacía lugar de destierro y abandono tenebroso, de espantos y tempestades. Pero las misiones jesuíticas habrían de

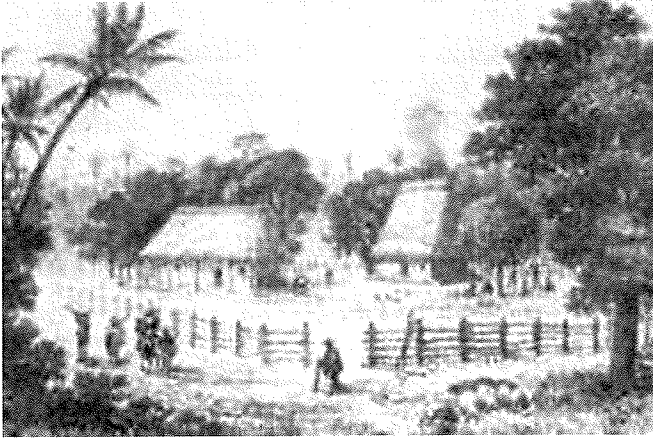
sacarlos de ese atávico nocturno y convertirlos en tierra de promisión. El apostolado sufridísimo de hombres de religión, enseñó a los indios a cultivar el algodón, la caña de azúcar, a pastorear ganado vacuno y criar caballos en la llanura. Les enseñó a plantar la pequeña huerta del «*pancoger*» (lo que hoy todavía los «Llaneros» llaman el «topochal»), lugar donde siembran el plátano-topocho y la yuca; en algunas ocasiones sembraban pequeños tramos de arroz. Les enseñó también a tejer el famoso bayetón llanero y el liqui-liqui. A construir vivienda y corrales para el ganado.

Estaban puestos los elementos para desarrollar la civilización: las reducciones. Y de ellas, por obra de la gracia, saldría un tipo humano que la historia de Colombia ha reconocido siempre con el nombre de «llanero» que nace, crece, se reproduce y muere en Colombia y Venezuela uniendo las dos naciones por comunidad de costumbres.

El hijo del mestizaje

Dio a suceder en los llanos, que el indio poco a poco fue entendiendo que era mejor asentarse en unas tierras y no seguir vagando sin rumbo. Los jesuitas habían recibido tierras del rey y estaban experimentando en los llanos de Colombia lo mismo que hacían en Paraguay, Brasil y Argentina. Las conoceremos como las «Haciendas Jesuitas» que eran las mismas misiones y reducciones de las tierras planas del sur del continente. La más famosa se llamó Caribabare y llegó a tener una extensión 200 mil hectáreas.

Allí los religiosos, con paciencia y firmeza, formaron un hombre nuevo que atrajo la atención de colonos y aventureros blancos, porque al poco tiempo de misionado el indio llanero resultó un excelente jinete y un pastor de ganados como nadie había imaginado. Era un potencial dormido al que le llegó desde Europa no solamente el agua bautismal sino toda la doctrina de la iglesia para ayudarlos a civilizar.



Hacienda La Vanguardia y Hacienda Cumaral, dibujo de Riio, grabado en madera (Tour du Monde, Librairie Hachette, París, 1877).

El llanero es un hombre magro, fibroso, cetrino, lampiño y de voz aguda, cualidades físicas que lo hacen liviano y resistente para estar hasta doce horas a caballo y apaciguar con su voz cantarina al ganado arisco. Es un trabajador inconstante cuando el trabajo es rutinario, por eso su oficio preferido es trajinar con el ganado vacuno y caballar, o navegar en los ríos: siempre va a encontrar una aventura nueva y eso lo intriga. No le gusta andar solo por la llanura, es muy gregario y buen compañero.

La mentalidad

La lealtad del llanero siempre ha estado en discusión. Algunos lo tienen por poco fiel y algo mentiroso o exagerado. Sin embargo es un hombre profundamente religioso y con una capacidad enorme para aguantar el sufrimiento. Si algo se ha probado en el llanero es que es un hombre que respeta la jerarquía que nace del

ejemplo moral. Si no recibe de su patrón un eximio testimonio de comportamiento ético y moral a toda prueba, el llanero no lo va a respetar y a la primera oportunidad que tenga lo abandona y habla mal de él. Como ha desarrollado una muy fina intuición, el llanero es un hombre de grandes presentimientos y pálpitos sorprendentes. Especialmente compasivo y misericordioso, comprende con mucha facilidad el dolor, intuye la sinceridad y acoge con la mayor naturalidad al que necesite un favor de él. Sin embargo, no perdona fácilmente y esconde el rencor muy hondo.

Su entorno psicológico está lleno de espantos, duendes, espíritus malignos que hacen daños e intimidan: *Patasola*, *Llorona*, *bolefuego*. Contra todos ellos la gran mayoría de los llaneros colombianos y venezolanos han proclamado el poder de la Virgen del Carmen que los protege y quiere como una verdadera madre: por eso, sin ningún respeto humano, no les falta el escapulario de ella al cuello y una vitela en el bolsillo de la camisa o en la billetera.

Es aguerrido y valiente si admira. Sin una nota grande de admiración el llanero no apoya nada ni a nadie. Su intuición le sirve para presentir que la causa o el hombre a los que va a seguir son santos e incluso sagrados. Si es así, da la vida con mucha facilidad. Por ello mismo detecta muy rápidamente al charlatán y al farsante al que pasa a despreciar profundamente hasta hacerle daño. Bolívar y los demás caudillos militares independentistas conocieron esto por experiencia. Bien pronto jugaron a ser los sufridos y perseguidos varones para inspirar compasión en el llanero raizal que los acompañó en las guerras. Aunque no se puede negar que estos líderes supieron aguantar el sufrimiento y las adversidades de manera ejemplar, también no deja de ser muy cierto que al llanero lo impresionó el poder militar que representaba recibir armas, pertrechos y ver uniformes bonitos entre los criollos que se autonombraron oficiales con sables dorados. El llanero tiene facilidad para dejarse llevar por el *pulcrum* de las cosas, que inmediatamente relaciona con el *verum* y con el *bonum*.

Música y folclor

El canto llanero es un grito agudo y prolongado, como un llamado en la lejanía. Va acompañado de arpa, capachos, bandola y cuatro. Instrumentos musicales todos -excepto los capachos que son dos cascabeles aborígenes- traídos por los españoles. Los más conocidos son el Joropo, el pasaje y los cantos de vaquería. Las letras hablan del paisaje, amores, jornadas de trabajo, aventuras y de mil cosas más. Tiene ese canto algo del *caté jondo* andaluz y generalmente lo bailan a un ritmo muy cadencioso y armónico que da gusto ver. Su voz aguda y cantarina que apacigua al ganado inquieto, enamora a sus mujeres.

El llanero de hoy porta sombrero alón de fieltro de corte texano. Fue impuesto por los hacendados liberales de mediados del siglo XIX, que se quedaron con las haciendas jesuitas en los tiempos de las persecuciones de los gobiernos anticlericales. Pero antes —y figura en acuarelas y pictografías- usaban un chambergo tejido en palma o paja de alas anchas que les enseñaron a hacer los misioneros. El sombrero es toda una institución en el llano colombiano. Fue realmente algo que conquistó la mentalidad de los indios a los que nunca se les ocurrió protegerse del terrible sol de verano. Como usted maneje el sombrero, demuestra su educación y su destreza para montar con él a caballo sin que se lo quite el viento. El traje del hombre, para vestir elegante, se denomina el *liqui-liqui*, pantalón y camisola larga por fuera, con cuello que imita el de las sotanas de los jesuitas. Calzan, como las mujeres, alpargatas de pura suela. La mujer viste polleras y blusas muy coloridas indudablemente de origen hispano.

Una prenda legendaria y hoy desaparecida es el famoso *bayeton llanero*, manta de algodón tejido impermeabilizado con grasa vacuna, teñido de azul por un lado y de rojo por el otro, con un ojal grande en el centro como si fuera una ruana, y con un cuello militar, también de sotana. Los llaneros lo usaban sin llevar camisa

debajo para irse sabana adentro, bajo un sol canicular, a traer el ganado suelto entre el pastizal.

El arma del llanero es el cuchillo, que maneja con singular destreza. Desde limpiarse las uñas hasta desollar una res o tallar un madero, el cuchillo es la herramienta múltiple que nunca falta al cinto. Cuando les llegaron las lanzas que usaron en las batallas de la independencia, ya las conocían por causa de un oficio llamada *campovolante*, patrulla sabanera que se iban de dos en dos individuos, echándole un ojo al ganado para que no lo *cachilapearan* (robaran) los indios que todavía no se habían integrado a las haciendas. El uso de la lanza por parte del llanero fue legendario por la precisión, rapidez y destreza; como la manejaban sin dejarla caer ni arrojarla nunca, se imaginaban llevar su cuchillo en la punta de un asta larga, y eso fue suficiente.

Un llanero recorriendo la sabana, se da cuenta de lo que está pasando con el ganado en la llanura con solo echarle un vistazo a veces por el rabillo del ojo. El llanero sabe a qué horas del día las reses deben estar dispersas o a qué horas recogidas; sabe muy bien si están o no asustadas por algo extraño, o por el contrario si están bien tranquilas. Ese aprendizaje le vino con el apostolado cristiano porque el llanero siente con su entorno, y ellos mismos dicen que hasta la tierra se alegra con su presencia cuando lo siente cabalgar.

Cultura del toro y el hatajo

El llano cuando era llano, sin carreteras ni pozos petroleros, un paraje enorme y silencioso, tuvo como señor de las inmensidades al toro criollo cimarrón, un semental que se volvía semisalvaje. El ganado vacuno, llevado por los misioneros, era de origen español, de corte y estampa fiera casi como el toro de casta. Hoy es el orgullo de los llanos colombianos tener algunos de esos ejemplares en los hatos al que llaman de *ganado criollo*: carne magra y sabrosísima tal vez por las aguas que bebe y los pastos que come tras su

adaptación al entorno por casi cuatrocientos años. Es descendiente del *rubio gallego*, aunque más pequeño por efectos del trópico.

Los llaneros de antaño desarrollaron toda una cultura de aprovechamiento de la res. Las carnes y vísceras para el consumo, los huesos, los cuernos y las pezuñas para hacer peinetas, botones y hebillas. Del cuero: cinturones, aperos y rejos. Hasta las vértebras las usaban de candeleros. De la pata del novillo sacaban una gelatina que endulzaban con azúcar de caña. Hacían también un dulce muy rico del tuétano de los huesos. Las cornamentas bonitas las usaban de percheros. Tomaban hasta caldo de ojo para curar un anémico.

Cuando el caballo fue llevado al llano por los españoles, bien pronto los llaneros aprendieron a montarlo. Las haciendas jesuitas estaban llenas de ellos sin los cuales habría sido muy difícil el pastoreo, cuidado y manejo de los ganados. Acostumbraban criarlo cerrado y suelto en la sabana bravía, y atraparlos para amansarlos y enseñarles la vaquería. Mientras vivía con su hatajo, el caballo era prácticamente salvaje, conocer al hombre de cerca y quedar bajo su dominio frecuentemente no le era una experiencia agradable. Con el paso del tiempo el caballo llanero fue adquiriendo temperamento y características totalmente adaptadas al llano: se hizo más pequeño que sus antepasados, más ágil y menos asustadizo. Lo que perdió en peso, en figura y en estampa lo ganó en resistencia al medio hostil, entendimiento rápido y en velocidad. Y estas características solamente el llanero es quien las reconoce «al ojo» para valorar un buen caballo. Reconocidas ellas, hombre y caballo se integran en uno solo todo de manera asombrosa.

El llanero en la independencia

La España que tuvo de enfrentar las guerras de independencia en nuestra América, cometió -entre otros- el error liberal de mandar soldados desde la península. Le hubiera bastado unos predica-

dores santos para haber levantado el pueblo contra el señoritismo burgués afrancesado de los criollos pervertidos en las logias. Así quizá el llanero hubiese escrito una gesta diferente, pero faltó casta e hidalguía en los peninsulares burocratizados y arribistas que siendo fieles al rey no lo eran a la corona.

Era un recurso humano que los criollos conocían bien porque era la mano de obra de sus haciendas del llano. Los españoles burocratas ignoraban este elemento humano extraordinario que era muy conocido por los religiosos. Al punto que corre el cuento que fueron precisamente éstos los que aconsejaron a los criollos ir a buscar llaneros para las guerras de independencia, que fueron éstas las que los consagraron como aguerridos jinetes: horqueteado en el caballo y con *estribos de pala*, llamados así por ser unas especies de argollas donde solamente caben los dos primeros dedos del pie, el llanero resultó temible en sus cargas de caballería, lanza en ristre bajo la axila y a todo galope, con una asombrosa capacidad de maniobrar la jaca como no lo hacían las caballerías españolas.

Así que el llanero colombo-venezolano, pero especialmente el de los llanos colombianos, ha sido un hombre raizal de condición aguerrida formado por el mestizaje y el apostolado misionero, elementos sin los cuales nos sería imposible haberlo conocido. Emergió para la historia como un posible de Dios, que estaba recogido en sus eternos esplendores y que fue traído desde allá por la abnegación y el sacrificio de quienes moldearon al llanero, en el trabajo y la educación religiosa que recibió.

Todavía quedan por ahí, dispersos en el llano inmenso, unos que otros llaneros viejos, «mascando *chimo* del bueno» y esperando la muerte serenos. Son la reliquia viviente de algunas familias llaneras que conservan a su viejo como un libro de recuerdos y experiencias. Es probable que de los llanos no quede hoy más que la llanura. Su entorno y su gente han cambiado mucho por causa de tantas innovaciones que ha traído el progreso. Sin embargo la leyenda no desaparece y algo pareciera hacer presentir que un día volverá al galope recio.